

Solamente queremos consignar, porque nos consta, en abono de las bellezas y de la versificación sonora y fácil, que todos los poemas sin excepción, contenidos en la presente obra, fueron una serie de improvisaciones concebidas é impresas al mismo tiempo.

Juan de Dios Peza, leía una crónica, hojeaba un manuscrito, oía una conseja, y en breve, con esa inmensa facilidad que tiene para versificar, escribía la leyenda y la enviaba al periódico donde todas se estamparon.

Al reunir las ahora no ha querido corregirlas. Peza no aspira á sillones académicos, ni á servir de modelo á niños que estudien la lengua en la escuela. Él canta lo que siente: al amor, á su padre y á sus hijos; á sus íntimos dolores; á la Patria; á lo que nace del sentimiento y á lo que hace palpitar á los corazones.

Su nombre tal vez no figurará en los archivos de una Academia; pero su nombre vive y vivirá en los anales de la literatura patria, en los hogares todos, y en la memoria del pueblo, que trasmirá á las futuras generaciones sus romances, leyendas y tradiciones.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

Méjico, septiembre 25 de 1897.

## LEYENDAS DE LAS CALLES DE MÉJICO

### EL INDIO TRISTE

Es media noche; la luna  
irradia en el firmamento,  
y riza al pasar el viento  
las ondas de la laguna.

En el bosque secular  
y entre el tupido ramaje,  
turba el pájaro salvaje  
la quietud con su cantar.

Y entre los contornos vagos  
del horizonte, á lo lejos,  
brillan cual claros espejos  
al pie del monte los lagos.

Yace en paz, sola y rendida  
de Tenoch la ciudad bella;  
parece que impera en ella  
la muerte más que la vida.

Y no es ficción, es verdad,  
que fué tan triste su suerte  
que la orillan á la muerte  
el luto y la soledad.

Su esplendor está apagado  
de la guerra al terremoto;  
el gran *buehuell* está roto  
y el *teponaxtle* callado.

No alumbra el *teocal* la luz  
del copal de suave aroma,  
porque el *teocal* se desploma  
bajo el peso de la cruz.

No cubren mantos de pluma  
los cuerpos de altivos reyes;  
tiene otro Dios y otras leyes  
la tierra de Moctezuma.

Y ante este Dios y esta ley  
que transforman su recinto  
sólo al César Carlos Quinto  
reconoce como rey.

¡Cuántos heroicos afanes!  
¡Cuántos horribles estragos,  
han visto bosques y lagos,  
ventisqueros y volcanes!

Está el palacio vacío  
sin pompas ni ricas galas;  
desiertas se ven sus salas  
su exterior mudo y sombrío.

Y zumba en su derredor  
del viento la aguda queja,  
como un suspiro que deja  
honda impresión de dolor.

Es el profundo lamento  
de una raza sin fortuna:  
¡la sangre que en la laguna  
flota y se queja en el viento!

Por eso duerme rendida  
de Tenoch la ciudad bella,

como si imperase en ella  
la muerte más que la vida.

## II

Frente á la anchurosa plaza,  
cerca del *teocal* sagrado  
y del palacio olvidado  
que pronta ruina amenaza,

donde con riqueza suma  
viviera en tiempo mejor,  
Axayacatl el señor  
y padre de Moctezuma,

en corta y estrecha calle  
desde la cual, el que pasa  
mira fabricar la casa  
del alto marqués del Valle,

así en la noche sombría  
como en la tarde callada  
y al fulgor de la alborada  
con que nace el nuevo día

en toscas piedras sentado  
y con harapos vestido;  
entre las manos hundido  
el semblante demacrado;

un hombre de aspecto rudo,  
imagen de desventura,  
siempre en la misma postura  
y como una estatua mudo;

inclinada la cabeza,  
allí lo encuentra la gente,  
como la expresión viviente  
de la más honda tristeza.

¿En qué piensa? ¿qué medita?  
¿qué dolor su alma destroza

que ni llora, ni solloza,  
ni se queja, ni se agita?

En su conjunto reviste  
tanta tristeza ignorada,  
que la gente acostumbrada  
clama al verlo : ¡el indio triste!

Le conocen por tal nombre  
en el pueblo y la nobleza,  
y dicen : es la tristeza  
que tiene formas de hombre.

Á nadie llegó á contar  
su tenaz dolor profundo;  
siempre triste lo vió el mundo  
en aquel mismo lugar;

tal vez fué algún descendiente  
de los nobles mejicanos,  
que al ver en extrañas manos  
y en poder de extraña gente,

la nación que libre un día  
vivió con riqueza y calma,  
sintió en el fondo del alma  
horrible melancolía.

Y sin ninguna amenaza,  
viendo á su nación cautiva,  
fué la expresión muda y viva  
de la aflicción de su raza.

Muchos años se le vió  
en igual sitio sentado,  
y allí pobre y resignado  
de su tristeza murió.

Su desconocida historia  
al vulgo pasma y arredra,  
y en tosca estatua de piedra  
honrar quiso su memoria.

La estatua al cabo cayó,  
que al tiempo nada resiste,  
y « Calle del Indio Triste »  
esa calle se llamó,

sin poder averiguar  
con ciencia ni sutileza  
la causa de la tristeza  
del indio de aquel lugar;

pero en nuestro hermoso valle  
y en nuestra mejor ciudad,  
pasan de edad en edad  
ese nombre y esa calle.

## LA CRUZ VERDE

## I

Era Rosa una doncella  
de incomparable hermosura,  
tan modesta como pura  
y tan pura como bella.

Inteligente, graciosa,  
de talle esbelto y gentil;  
nacida en el mes de abril  
le dieron por nombre, Rosa.

Y este nombre sólo era  
un detalle de su ser,  
que en ella quiso poner,  
sus gracias la Primavera.

En su faz encantadora  
sonrisa eterna irradiaba,  
y á su mirar envidiaba  
sus limpios rayos la aurora.

El blanco y fulgente brillo  
de su tersa y fina tez,  
copian en su palidez  
las vírgenes de Murillo.

Y nunca pintó el Ticiano  
en sus Venus más perfectas,

las limpias curvas correctas  
de su dorso y de su mano.

Era música su acento,  
sol de bondad su ternura,  
un ensueño su hermosura  
y un cielo su pensamiento.

Del hogar joya y decoro,  
á quien todos admiraban,  
de sus padres que la amaban  
era el único tesoro.

Quiso del altar en pos,  
tomar del claustro los velos,  
y sus padres, en sus celos,  
se la negaron á Dios.

Quedó con amor profundo  
á sus padres consagrada;  
como una flor desterrada  
en los desiertos del mundo.

Ilusiones peregrinas,  
ensueños de amor ardiente,  
eran al tocar su frente  
una corona de espinas.

Que en su angelical bondad  
siempre llegó á suponer,  
como una afrenta el placer,  
y el amor como maldad.

Por esto, siendo un fanal  
de virtud, firme y radiosa,  
rosa fué siempre una rosa  
de algún jardín celestial.

Y sin penas ni temores,  
tranquila y feliz vivía,  
como al despuntar el día  
viven felices las flores.

## II

Cruzando los hondos mares,  
después de famosa bazaña,  
arribó á la Nueva España  
don Nuño de Valladares.

Hombre ilustrado y de mundo,  
de noble y altivo porte,  
entró muy niño en la corte  
del rey Felipe segundo.

Su valor cautivó tanto  
al rey que amó con afán,  
que lo mandó con Don Juan  
á combatir en Lepanto.

Conseguida la victoria,  
tornó al servicio ordinario,  
con título nobiliario  
y coronado de gloria.

Brillando en la altiva grey  
que al rey Felipe servía,  
á Méjico llegó un día  
recomendado al Virrey.

Era afable y cortesano,  
y usó siempre en nuestro suelo,  
toneiete y ferreruelo,  
igual á su soberano.

Siempre inspirando respeto,  
fué con los nobles amable,  
con los pecheros sociable  
y con las damas discreto.

Siempre al Virrey allegado,  
cuentan antiguos anales  
que oidores y concejales  
le llamaban « El privado ».

Y era tanta su influencia,  
y dominó de tal suerte,  
que de un condenado á muerte  
revocaba la sentencia.

El alcázar y el terruño  
amparaba por igual,  
que nunca tuvo rival  
en justiciero, don Nuño.

Era el árbitro, el señor,  
de cuanto en la corte lidia;  
por eso inspiraba envidia,  
celos, rencores y amor.

## III

¡ Con qué afán Méjico entero  
para acudir se apresura,  
á solemnizar la jura  
del rey Felipe tercero !

Dentro y fuera de la traza  
se observa la agitación  
de toda la población  
para llegar á la plaza.

Que están allí los donceles  
formando lujosa valla,  
de pie y al sol la canalla,  
los nobles en sus corceles;

Y todo lo principal  
que ser lo primero anhela,  
marchando bajo la vela  
de Palacio á Catedral.

Se acata la nueva ley,  
que el pueblo sabe de cierto,  
que siempre que un rey ha muerto  
ha de gritar: « ¡ Viva el rey ! »

Se ven largas procesiones  
por las calles discurriendo,  
y con orgullo luciendo,  
oriflamas y pendones.

La guardia de la nobleza  
llena, con sus caballeros,  
las calles de los Plateros,  
con don Nuño á la cabeza.

De pronto extraña impresión  
turbó de Nuño la calma,  
que iluminando su alma  
miró á Rosa en un balcón.

Quiso postrarse de hinojos,  
rendido y enamorado,  
que nunca le habían mirado  
ojos como aquellos ojos.

Ni en sus horas intranquilas  
cuando en Africa luchó,  
un sol tan ardiente vió  
como el de aquellas pupilas

Y con secreta alegría,  
en tan dulce beldad fijo,  
á solas pensando dijo:  
« ¡Si esa mujer fuera mía! »

Movió el árabe alazán,  
y atropellando á la gente,  
fué á ponerse frente á frente  
de Rosa, con loco afán.

Era apuesto el caballero,  
y su porte enaltecía  
el aire, cuando movía  
la pluma de su sombrero.

En su amorosa mirada  
brillaba más viva luz,

que la del sol en la cruz  
de su toledana espada.

Era un rey más que un vasallo,  
pues todo noble en él era,  
lo mismo su cabellera  
que la crin de su caballo.

La doncella lo veía  
y se turbaba importuna,  
cual se turbara la luna  
frente al sol del mediodía.

Ignorando rango y nombre  
del tenaz admirador  
dijo para su interior:  
« ¡Ay! si me amara este hombre! »

Y con la misma pasión  
se cruzaron sus miradas,  
cual se cruzan dos espadas  
que buscan el corazón.

Se apartó de allí el doncel,  
quedando con alma ansiosa,  
don Nuño pensando en Rosa  
y Rosa pensando en él.

## IV

Al mediar un mes de enero,  
Rosa sola, en su retrete,  
leyendo está este billete  
que le escribió el caballero:

« No tiene más luz el sol  
que tus ojos, vida mía,  
lo juro por mi hidalguía  
de cristiano y español.

« Yo que sólo á mi rey quiero  
y sólo acato su ley,

hoy me olvido de mi rey,  
pues por ti, mi reina, muero!

» Te he visto, ¿por qué te vi?  
no merezco tal tesoro,  
no quiero amar, y te adoro,  
y estoy muriendo por ti.

» No son vanas ilusiones;  
soy tu esclavo, ¿no lo ves?,  
deja que ponga á tus pies  
mis más preciados blasones.

» Renombre y fortuna loca  
te ofrezco amante de hinojos  
por un rayo de tus ojos,  
por un beso de tu boca.

» Di, si me puedes amar,  
que al negarme tal ventura  
iré á llorar mi amargura  
al otro lado del mar.

» Dimelo pronto, y de modo  
que sepa lo que es de mí...  
mira que yo tengo en ti  
mi Dios, mi rey y mi todo.

» En tu balcón, por favor,  
respóndame una señal:  
una cruz blanca, mi mal,  
una cruz verde, mi amor!

» Mañana, al rayar la luz,  
no olvides, mi estrella pura,  
que buscaré mi ventura  
en el color de la cruz ».

. . . . .

Y dicen que el noble aquél,  
con miedo al par que alegría,

al brillar el nuevo día  
y á sus palabras fiel,

cruzó lleno de pasión  
frente al balcón de su amada,  
y una cruz verde fijada  
vió en la reja del balcón.

Amó á don Nuño la dama,  
y de sus tiernos amores,  
de sus dichas y dolores  
nada nos dice la fama.

Algún cronista asegura  
que llegaron al altar,  
teniendo siempre en su hogar  
riqueza, paz y ventura.

Alguno da por perdida  
de esta historia la verdad,  
que siempre la humanidad  
de lo que pasa se olvida.

Mas la calle no se pierde  
en donde Rosa vivió,  
pues el pueblo la llamó  
la calle de « La Cruz Verde ».

## LA CALLE DEL NIÑO PERDIDO

## I

Al rayar de una mañana  
serena, apacible y pura,  
cuando el alba su hermosura  
envuelve en manto de grana,  
cuando entre vivos fulgores  
y entre céfiros suaves,  
el espacio todo es aves  
y la tierra toda flores;

y tras el lejano monte  
de la noche como huella  
se ve la postrer estrella  
temblar en el horizonte;

y junto á la estrella está  
cual maga que la sostiene,  
celosa del sol que viene  
la luna que ya se va;

y suena la algarabía  
en boscajes y colinas  
de mirlos y golondrinas,  
saludando al rey del día;

con una pompa real  
que noble gente corteja

llegó una feliz pareja  
á la iglesia Catedral.

Era selecta la grey,  
pues ya la gente contaba  
que el Arzobispo oficiaba  
y era padrino el Virrey.

Entrando en el santuario  
se fueron á arrodillar  
en el más lujoso altar  
de cuantos tuvo el Sagrario.

Apuestos eran él y ella;  
de gran fortuna ella y él;  
de treinta años el doncel  
y de veinte la doncella.

Los dos contentos y ufanos,  
llenos de fe y de ilusiones,  
ya unidos sus corazones  
iban á enlazar sus manos.

De nuevas dichas en pos  
se les vió salir unidos  
con sus amores ungidos  
por la bendición de Dios.

Y bien pronto en la ciudad  
se supo con alegría  
que el despuntar de aquel día  
fué todo felicidad.

Repitiendo en cada hogar  
que ya estaba desposada  
doña Blanca de Moncada,  
con don Gastón de Alhamar.

## II

Para rencores y duelos  
de amor en el paraíso

el infierno darnos quiso  
una serpiente : los celos.

No hay corazón más herido  
ni con más sed de venganza,  
que el que pierde la esperanza  
de verse correspondido.

Y que mira por su mal,  
que mientras más sufre y llora,  
más se distingue y se adora  
á un poderoso rival.

No está, pues, mal expresado,  
por quien sintió estos dolores,  
que ser rival en amores  
es odiar y ser odiado.

Mientras Blanca se enlazaba  
con Gastón á quien quería,  
bajo la nave sombría  
un hombre la contemplaba.

Era de semblante duro,  
de mirar torvo y dañino :  
Blanca lo halló en su camino  
cual se encuentra un aire impuro.

Le repugnó su ardimiento  
y él la siguió apasionado  
cual si ella fuera el pecado  
y él fuese el remordimiento.

En alas de la pasión  
la importunaba y seguía,  
y ella callaba y sufría  
sin revelarlo á Gastón.

Y llegó á ser tan osado,  
que le dijo con maldad :  
« Por fuerza ó por voluntad  
has de venir á mi lado.

» Has burlado mi esperanza,  
me niegas tu fe y tu mano ;  
Blanca : soy napolitano ;  
cuidate de mi venganza ! »

Blanca todo desdeñó,  
libre de duelo y pesares,  
pero llegó á los altares  
y al hombre aquel encontró.

Al bajar la escalinata  
vió de la nave á lo lejos,  
dos ojos cuyos reflejos  
le estaban diciendo : ¡ ingrata !

Y brillaban por igual  
de ese modo que sonroja,  
porque recuerdan la hoja  
de envenenado puñal.

Se sintió desfallecer ;  
tuvo miedo á oculto lazo,  
y dando á Gastón el brazo  
se irguió para no caer.

— ¿ Qué tienes ? — dijo Gastón —  
palideces, Blanca mía ?  
— Palidezco de alegría,  
de contento, de emoción.

Y de la sombra al través  
el napolitano herido,  
clamó con sordo rugido :  
« Caerán los dos á mis pies ».

Y con semblante infernal  
como el lobo tras la oveja,  
tras de la gentil pareja  
salió de la Catedral. \*

## III

¡ Cuán dichoso es un hogar  
donde reina una fe pura  
y se cifra la ventura  
en ser amado y amar!

Hermoso y seguro puerto  
del mundo en las tempestades ;  
fanal de eternas verdades  
de la vida en el desierto.

Gastón y Blanca, allí á solas,  
en santa pasión se abrazan  
y todas sus horas pasan  
serenas como las olas.

Forma en su rica mansión  
el lazo de su cariño,  
un ángel de paz, un niño,  
viva imagen de Gastón.

Respira el aire salubre  
sin zozobra y sin fatigas  
que acaricia á las espigas  
en las mañanas de octubre.

Causa envidia al arrebol  
de su mejilla el carmín,  
y es cual la flor de un jardín  
abierta al beso del sol.

En su tez sin mancha alguna  
hay la limpidez de un astro,  
y parece de alabastro  
cuando reposa en la cuna.

Blanca dobla las rodillas  
para dormido admirarlo ;  
Gastón, por no despertarlo,  
se le acerca de puntillas.

Y apasionados él y ella  
lo ven con dulces sonrojos,  
cual ven unos mismos ojos  
la luz de una misma estrella.

Y la flor recién nacida  
talismán de dichas era,  
porque la ilusión primera  
le dió en un beso la vida!

Cuando soñaron los dos  
por primogénito un hombre,  
pensaron : tendrá por nombre  
« El regalado por Dios ».

Y cumplido el noble afán,  
igual en Blanca y Gastón,  
como Dios le dió un varón  
le dieron por nombre : Juan.

Y trajo rasgos tan bellos  
de gracia viril tesoro,  
y era tan brillante el oro  
de sus rizados cabellos,

que al llevarlo ante la Cruz  
á recibir el bautismo,  
que forma en el cristianismo  
Jordán de gracia y de luz,

soñándolo ya un artista  
ó pensador de renombre,  
lo advocaron bajo el nombre  
de Juan el Evangelista.

Y así aquel niño sin par,  
flor de celestes pensiles,  
miró lucir tres abriles  
sin lágrimas en su hogar.

Siempre en la faz de Gastón  
hubo sonrisa al mirarlo ;

Blanca siempre al contemplarlo  
alzó al cielo una oración.

Y no puedo describir  
los sueños que ambos tenían,  
cuando al verlo discurrían  
en su incierto porvenir.

Y eran felices los dos,  
que al hogar que amor encierra  
un hijo trae á la tierra  
las bendiciones de Dios.

## IV

La dicha de aquel hogar  
se vino á eclipsar al fin,  
y fué el rubio serafín  
motivo de tal pesar.

El Destino, injusto y ciego,  
que lo más sagrado arrasa,  
en cierta noche la casa  
envolvió en ondas de fuego,

y entre el inmenso terror  
que el incendio produjera,  
Blanca, en la extendida hoguera,  
busca al fruto de su amor.

Gastón, corriendo aturdido,  
al hijo tierno buscaba  
y como un loco gritaba :  
« Volvedme al niño perdido ».

Y las llamas ascendían  
terribles y destructoras,  
y raudas y abrasadoras  
cuanto hallaban consumían.

Blanca y Gastón, como fieras  
que su cachorro les quitan,

braman, se revuelven, gritan  
con voces tan lastimeras

que por piedad ó cariño,  
el peligro desdeñando,  
muchos los siguen llorando  
en busca del tierno niño.

Y Gastón, sin sombra alguna  
de temor, con ciego empuje,  
sobre una viga que cruje  
se adelanta hasta la cuna.

¡ Aquí ! con gran alegría  
está el niño, á todos dice,  
mas pronto ve el infelice  
que está la cuna vacía.

Siente romperse los lazos  
que lo ligan á este mundo,  
y con un dolor profundo  
alza la cuna en sus brazos.

Corre, y al punto que asoma  
con Blanca por la escalera,  
de un golpe la casa entera  
retronando se desploma.

No hay bálsamo que mitigue  
de Gastón la pena ardiente ;  
corre y lo sigue la gente  
y Blanca, loca lo sigue.

Cruzan por una calleja  
donde existe sobre el muro  
un viejo retablo obscuro  
que humilde altar asemeja.

Con amargura infinita  
Gastón se postra de hinojos  
y fija los tristes ojos  
en esa imagen bendita.

— « ¡ Oh Madre de los Dolores ! »  
dice mirándola fijo,  
« Devuélveme por tu Hijo  
al hijo de mis amores ».

Y á la vez que en la sombría  
calleja, otra voz se alzaba ;  
era Blanca que gritaba :  
— « ¡ Dadme á mi hijo, madre mía ! »

Y cuando la gente ya  
rezando les acompaña,  
en lo alto una voz extraña  
á todos dice : — « ¡ Allí está ! »

Reina un silencio profundo ;  
los ánimos se han turbado ,  
el eco que han escuchado  
les parece de otro mundo.

Vuelve los ojos Gastón  
sin proferir nueva queja,  
y al fondo de la calleja,  
mal oculto en un ancón,

halla al raptor inhumano  
que carga al niño en un hombro ;  
Blanca lo ve y con asombro  
exclama : « ¡ El napolitano ! »

Gastón le asalta derecho  
con ciega rabia infernal,  
y el raptor saca un puñal  
para clavarlo en su pecho.

Y audaz grita : — El que incendió  
tu casa para vengarse,  
podrá matar ó matarse,  
mas dar á este niño, ¡ no !

— ¡ Infame ! Gastón agrega  
y erizado su cabello,

salta, lo coge del cuello  
y emprende así ruda brega.

— ¡ Madre ! ¡ madre ! el niño grita ;  
su dulce voz Blanca escucha  
y sin miedo de la lucha  
sobre ambos se precipita.

Mientras Gastón al raptor  
estrangula, acude Blanca  
que de los hombros le arranca  
al tesoro de su amor.

La gente, entusiasta, admira  
á Gastón, que con su mano  
ahoga al napolitano,  
que se retuerce y expira.

Cuando ya muerto lo ve  
y halla á Blanca con su hijo,  
al raptor con regocijo  
le pone en el cuello el pie.

Se cruza airoso de brazos  
triumfante y de gozo ardiente,  
impidiendo que la gente  
destroce al vil en pedazos.

Blanca, loca de alegría,  
arrodillase llorando  
ante el retablo gritando :  
« ¡ Gracias, gracias, madre mía ! »

No juzga el hallazgo cierto  
en sus delirios febriles,  
y en tanto los alguaciles  
van á recoger al muerto.

Vuelve á su esposa Gastón,  
mira al niño, se embelesa,  
y grita cuando lo besa :  
« ¡ Hijo de mi corazón ! »

Todo el pueblo enternecido,  
llora, clama, palmotea,  
y hasta el más pobre desea  
besar al niño perdido.

Y torna la paz á el alma ;  
la pena es gozo profundo,  
que siempre viene en el mundo  
tras la tempestad la calma.

## V

Blanca, á quien sólo aconseja  
la piedad actos de amor,  
dejó de tan gran dolor  
un recuerdo en la calleja.

Puso un nicho y unas flores,  
emblemas de su cariño,  
y en el nicho á Jesús niño,  
perdido entre los Doctores,  
y una lámpara que ardía  
símbolo de devoción,  
invitando á la oración  
en la noche y en el día.

Y año tras año corrido  
respeto el hecho la fama,  
y aquella calle se llama  
« Calle del Niño Perdido ».

## EL ALTAR DEL PERDÓN

TRADICIÓN DEL SIGLO XVI

Quando á gobernar el reino  
de la rica Nueva España  
vino el marqués de Falcés  
ó don Gastón de Peralta,

trajo entre su comitiva  
á un pintor de mucha fama,  
que era portugués de origen,  
pero educado en Italia.

Según las crónicas rezan,  
Simón Peyréns se llamaba ;  
hombre de estrechos recursos  
y de conciencia muy ancha.

En mostrar sus opiniones  
cuidábase poco ó nada,  
y una vez dijo en la corte  
ante donceles y damas :

« No he de mojar mis pinceles  
para pintar cosas santas,  
que cuanto le atañe al cielo  
mi paleta lo rechaza ».

No faltó quien al oírlo  
con miedo se santiguara,

y de hereje y judaizante  
le diera en la corte fama.

Del Arzobispo á noticia  
llegaron esas palabras,  
y del Virrey con permiso  
llamó á Peyréns á su casa.

Preguntóle si era cierto  
lo que todos murmuraban,  
y el pintor, sin inmutarse,  
y mirándole á la cara,

Repuso: « Señor, es cierto ;  
yo pinto cosas profanas,  
porque las cosas del cielo  
ni me inspiran ni me agradan ».

El prelado ordenó al punto  
que á un calabozo llevaran  
al hereje, para darle  
digno castigo á su falta.

Ya preso en un calabozo,  
después de algunas semanas,  
frente al potro del tormento  
de que se desdiga tratan.

Pero el pintor era altivo,  
con mucho temple en el alma,  
y en medio de sus verdugos  
ratificó sus palabras.

Entonces, con grande encono,  
sobre la rueda le atan,  
y hacen que crujan sus huesos  
á cada vuelta forzada.

Pero como no se queja,  
ni ruega, ni se retracta,  
ordenan que se le aplique  
otro martirio: *el del agua.*

Le introducen en la boca  
hasta tocar su garganta  
el tosco embudo, por donde  
vierten, con siniestra calma,  
tres *pinlas* que equivalían  
á tres gigantescas jarras.

Eran vanos los esfuerzos  
para evitar apurarla,  
pues pusieron los verdugos  
(conforme á sus ordenanzas),  
un lienzo empapado y tosco  
del mártir sobre la cara.

Sufrió Peyréns el suplicio,  
y cuando ya agonizaba,  
lo volvieron á su celda  
sin la remota esperanza  
de encontrárselo con vida  
al despuntar la mañana.

Con gran asombro de todos,  
después de tan negra infamia,  
el artista quedó sano,  
sin que los jueces lograsen  
que se desdijera nunca  
temiendo sus amenazas.

Dictóse al fin su sentencia,  
por la cual lo condenaban  
á sufrir prisión perpetua  
sin salir de Nueva España:  
y que tan sólo sería  
tal sentencia revocada  
en caso de que el hereje  
algún retablo pintara,  
de la Iglesia en desagravio  
y honrando á la Virgen santa.

Peyréns se mantuvo firme,

sufrió una prisión muy larga ;  
 hasta que triste y cansado  
 de una vida tan precaria,  
 como en sus mejores tiempos  
 se levantó una mañana  
 en busca de sus pinceles,  
 de su paleta olvidada,  
 y de todo cuanto fuera  
 para trabajar un arma.

No hallando tela dispuesta  
 ni manera de arreglarla,  
 la puerta del calabozo  
 se le ofreció á sus miradas ;  
 y en ella pintó una Virgen  
 que embelesaba al mirarla.

Cuando concluyó tal obra,  
 digna de la eterna fama,  
 mandó aviso al Arzobispo,  
 quien fué á la prisión con ansia,  
 temiendo que aquel hereje  
 la religión mancillara.

Llegó el prelado á la celda,  
 los ojos airado clava  
 en la pintura del preso,  
 y al ver la expresión seráfica,  
 y la sonrisa apacible,  
 y la celestial mirada  
 de la imagen, se arrodilla,  
 reza humilde una plegaria,  
 y admirado y satisfecho  
 ordena que libre salga  
 aquel pintor, que ha sabido  
 honrar á la Virgen santa.

Y al mismo tiempo dispone,  
 que como pintura sacra

á la Catedral se lleve  
 la puerta privilegiada,  
 do pintar plugo al artista  
 á la Madre de las Gracias.

Que se le ponga, así mismo,  
 un ancho marco de plata  
 y un cristal, que la resguarde  
 del tiempo y sus asechanzas ;  
 y se coloque y venere  
 con piedad y con constancia,  
 en el altar consagrado  
 para perdón de las ánimas.

\*  
 \* \*

Han corrido varios siglos,  
 y la Catedral aun guarda  
 en el mismo altar, el cuadro  
 que aquel portugués pintara.

Y cuántos de los devotos  
 que allí elevan sus plegarias,  
 ignoran que es una puerta  
 por un mártir decorada,  
 más bien que con los pinceles  
 con el dolor y las lágrimas.

## LA CALLE DEL CALVARIO

LEYENDA DEL CLAVO

## I

Joseph Ramírez Dorantes,  
era, hablando con verdad,  
uno de los estudiantes  
más cumplidos y galantes  
de nuestra Universidad.

Era de honrada ascendencia,  
su padre cifró su afán  
en ilustrarlo á conciencia,  
y á estudiar jurisprudencia  
lo mandó de Michoacán.

Vivió, cual es de ordinario,  
sufriendo algunos rigores;  
y el centro universitario  
lo nombró bibliotecario  
del claustro de los Doctores.

Fué una *borla* su esperanza,  
sin que de la suerte impía  
temiera aleve asechanza,  
y tan dado á la enseñanza  
que un *Dómine* parecía.

Siempre á las contiendas hecho,  
amaba la discusión,  
y en la mesa y en el lecho  
era un curso de derecho  
su amena conversación.

En su memoria reunidas  
con invisible buril,  
se encontraban esculpidas  
las leyes de las Partidas  
y del derecho civil.

Era alegre y zalamero,  
decidor grato y sin par,  
y en aquel claustro severo  
era en la misa el primero  
que se acercaba al altar.

¡ Con qué entusiasmo estudiaba !  
y éra por su devoción,  
si á un santo se celebraba,  
el que á llevar ayudaba  
el palio en la procesión.

Y á un tiempo afable y sencillo,  
lleno de franqueza y fe,  
sin buscar aplauso y brillo,  
jugaba igual un tresillo  
como bailaba un minué.

Y así de todos querido,  
en lo mejor de su edad,  
y por todos aplaudido,  
juzgábanlo el consentido  
de aquella Universidad.

## II

Locuaz, osado, altanero,  
de embozada condición,  
era en el claustro severo

de Ramírez compañero  
Roque Manresa y León.

En estudiar diligente,  
cursando Filosofía,  
era discreto y prudente;  
que en época tan creyente  
él ni en el diablo creía.

Del Génesis y el Exodo  
burlábase por igual,  
mas con tan discreto modo,  
que le juzgaban en todo  
sincero, adicto y leal.

Eran ambos estudiantes  
alegres y decidores,  
para los libros, constantes,  
y según fama, galantes  
y atrevidos, en amores.

Nunca se les vieron huellas  
de asuntos envilecidos  
por tenebrosas querellas;  
eran terror de doncellas  
y espanto de los maridos.

Y eran ambos celebrados  
por la grey alegre y franca  
de capences y encerrados,  
que no eran menos osados  
que aquellos de Salamanca.

Bautizados por alguno  
de chispa y de buen humor,  
con un apodo oportuno,  
llamaban « El Tigre », al uno,  
y al otro « El Inquisidor ».

### III

¡ Tiempos tristes los pasados !  
el rigor era la ley,

cuando ilusos ó engañados  
eran los hombres quemados  
de orden de Dios y del Rey.

Cuando nunca se atendía  
el derecho y la razón;  
y el que negaba ó leía  
iba á la cárcel sombría  
de la Santa Inquisición.

De aquel proceder severo,  
eran testimonio y nota,  
pasmando á Méjico entero,  
tres sitios : el quemadero,  
el cadalso y la picota,

El progreso en su carrera  
la picota derribó,  
apagó después la hoguera,  
y tras su llama postrera  
sólo el cadalso quedó.

Mudo, terrible, imponente,  
como fantasma servil...,  
fué Méjico, independiente,  
y aun se asombraba á la gente  
matando á garrote vil.

Se ve entonces de ordinario,  
á lento paso marchar  
por la calle del Calvario,  
con hoga y escapulario,  
al que van á ajusticiar.

Siempre el toque de agonía  
fué la voz nunca turbada,  
de aquella calle sombría,  
á cuyo extremo se erguía  
la horca odiosa y odiada.

La calle á todos arredra  
y en las noches causa espanto ;

que allí el infortunio medra,  
y todos ven cada piedra  
humedecida con llanto.

En sus contornos oscuros,  
se oyen gritos sofocados,  
maldiciones y conjuros,  
y cruzan cabe sus muros  
espectros de ajusticiados.

El pueblo, que nada olvida,  
añirma con frenesí  
que en la noche tan temida  
el alma de un parricida  
sale á penar por allí.

Y que no son devaneos  
ver, al dar las oraciones,  
sobre el altar de los reos  
como terribles trofeos  
luminosos corazones.

Esa fúnebre capilla  
que enluta eterno capuz,  
pues en ella nada brilla,  
es tosca, pobre, sencilla  
con un altar y una cruz.

Allí con solemne calma  
entraba el que fuera en pos  
como mártir, de una palma  
antes de entregar el alma,  
en el patíbulo, á Dios.

Allí cada sombra adquiere  
más luto y más lobreguez,  
que el que en el cadalso muere  
allí reza el *Miserere*  
por la postrimera vez.

Allí causan á la par  
compasión, miedo y pavor

frente á la cruz, el pesar,  
la horca frente al altar,  
frente á la horca, el horror.

No hay martirio que no estalle  
en sitio tan funerario,  
ni alma que allí no batalle,  
pues tal capilla y tal calle  
conducen siempre al Calvario.

## IV

Una mañana, salieron  
Manresa y Ramírez juntos;  
larga charla mantuvieron,  
y entusiastas discutieron  
sobre diversos asuntos.

Un argumento, el mejor,  
que á los dos les preocupaba  
y trataron con calor,  
era: « ¿ En qué estriba el valor? »  
y cada cual meditaba.

¿ En desdeñar el abismo  
que ante la muerte se ve?  
¿ En luchar con fanatismo?  
¿ En dominarse á sí mismo?  
¿ En ser invencible? ¿ En qué?

— En dominarse; ¿ no es esa  
prueba de gran valentía,  
con la dignidad ilesa?  
— Tal es mi opinión, Manresa.  
— Ramírez, tal es la mía.

— Pero hay casos en los cuales  
tiembla el hombre sin querer,  
pues son sobrenaturales.  
— Yo todos los juzgo iguales,